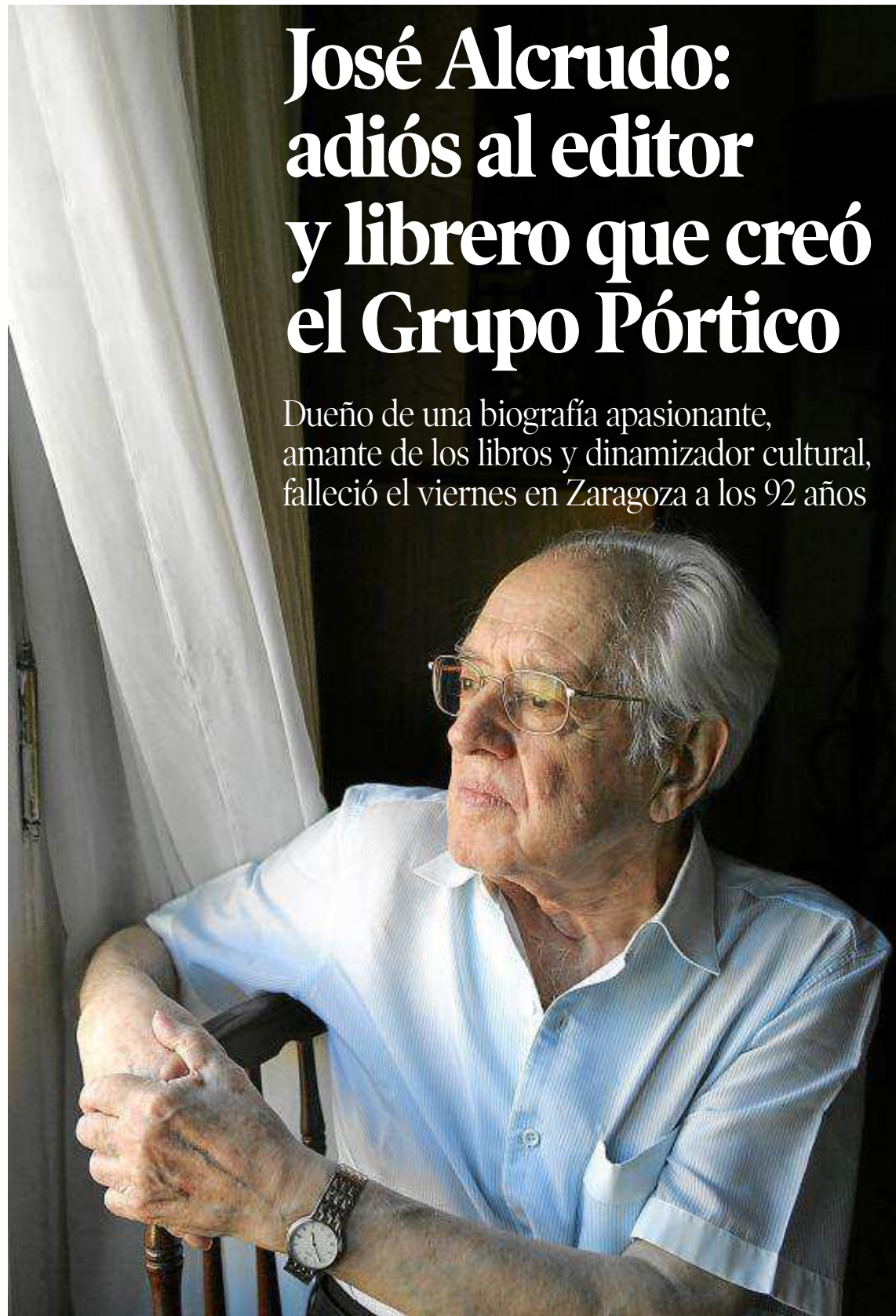


ZARAGOZA. José Alcrudo Quintana (Zaragoza, 1918-2010) fue, ante todo, un gran conversador y un incansable dinamizador cultural. Amaba los libros por encima de todo, y con idéntico fervor se entregó al arte. La suya fue una vida apasionante desde niño: en su casa, tanto de labios de su padre José Miguel como de su tío Augusto Moisés, ambos anarquistas y médicos, oyó hablar de Goya, de Rafael Barradas, ilustrador de la revista 'Paraninfo', y se habituó a recibir periódicos y monografías de artistas como Picasso, Matisse o Miró. Estudió en el Instituto Goya. En septiembre de 1936, su padre y su tío fueron ejecutados en Valdespartera. José Alcrudo recordaba que ese día "mi padre cumplía 50 años. Yo estaba con ellos cuando los vinieron a buscar. Siempre pensé que no me llevaron porque aparecí en medio del tumulto con mi rostro añorado y mi pijama". Felizmente, se empleó en la Azucarera de Aragón, en el balneario de Panticosa y luego en el Gran Hotel, donde permaneció hasta 1943. Solía recordar que allí vio al mariscal Petain, al espía Kim Philby, herido en la batalla de Teruel, y al duque de Windsor, así como a aviadores y militares de la Legión Cóndor que se reunían en el hotel con sus amantes.

El hecho que le haría famoso, y que le otorgaría un lugar en la historia cultural de España y de Aragón, se gestó en el café Ambos Mundos. Por allí apareció el fotógrafo y gran amigo suyo Antonio (así firmaba sus fotos) y anunció que el kiosco de Independencia se había quedado vacante. Alcrudo lo solicitó y le dijo a su amigo y futuro socio que sería un gran lugar para una librería. Tenía dieciocho escaparates de cristal de un metro cada uno y un sótano, que también se convertiría en leyenda. Se abrió en la Semana Santa de 1945. Alcrudo ensayó un eslogan feliz: "Pórtico no es una librería más. Es una exposición permanente de libros".

La aventura latinoamericana

Tuvo un gran éxito, gracias a la ayuda de un amigo, Joaquín de Oteiza, bien relacionado con el franquismo, que tenía en un frontón de la calle Alcántara de Madrid un gran almacén de libros, españoles y latinoamericanos. Allí había de todo, arte, ensayo, libros de Kafka, de Faulkner, de su admirado Axel Munthe. Emprendió una aventura latinoamericana, estuvo en la República Dominicana —"donde vendí libros a los ministros, a los alcaldes, a un arzobispo joven y apuesto. Ganaba en un día lo que en Zaragoza en un mes", decía— y en Estados Unidos, y se afincó definitivamente en Zaragoza.



José Alcrudo, en una imagen tomada en su casa de Zaragoza en el 22 de agosto de 2006. ESTHER CASAS

José Alcrudo: adiós al editor y librero que creó el Grupo Pórtico

Dueño de una biografía apasionante, amante de los libros y dinamizador cultural, falleció el viernes en Zaragoza a los 92 años

Ya en 1946, había creado el sello editorial Pórtico que publicó 'Homenaje a Goya' de su amigo Ildelfonso-Manuel Gil y en 1947 fue el impulsor del Grupo Pórtico, pionero de la abstracción en España, que nació en el café Ambos Mundos, y que expondría, no sin escándalo, en el Casino Mercantil y en la galería Bucholz. En 1952, amplió el negocio a la calles Costa y Doctor Cerrada, y finalmente se instaló

durante años en la plaza de San Francisco. Allí —igual que ahora en Muñoz Seca, con sus hijos Mari Carmen y José Miguel al frente—, forjó una librería ejemplar, con todas las novedades en el campo de las Humanidades, de proyección nacional e internacional. Siguió publicando libros —de divulgación y bolsillo, de arte, monografías como 'Aragón. Literatura y ser histórico' de Manuel Alvar, ediciones de

bibliofilia, etc.— y resistió los ataques constantes a la librería. Hijo predilecto de Zaragoza y premio Isabel de Portugal, entre otras distinciones, Alcrudo solía decir: "Me he tomado el mundo de los libros como una pasión. Me he divertido de lo lindo. He sido un hombre feliz". Su magisterio es una lección de compromiso, de entrega, de ironía y de entusiasmo por la cultura.

ANTÓN CASTRO

IN MEMORIAM

Juan Domínguez
Lasiera

El kiosco símbolo

LA mejor forma que Zaragoza tendría de recordar a Alcrudo sería reconstruir su kiosco, porque aquel pequeño establecimiento, frente al edificio de Correos, fue todo un símbolo de la Zaragoza de los difíciles años 40 y 50, de la resistencia a la falta de libertades, y hasta de la picardía para sortear los controles del régimen. Porque el kiosco de Correos era capaz de proporcionar, bajo su inocente apariencia (como si los libros hubieran sido alguna vez inocentes), aquellos títulos que el régimen prohibía. Pero Alcrudo era persona de recursos, y recibía libros de Argentina o de otros amigos librereros que hacían su benemérito estraperlo particular. Y así, ese kiosco-librería se convirtió en una pequeña isla sin fronteras, donde la inquisición estaba a salvo. Casi cualquier demanda era atendida, por mucho que los libros estuvieran en el Índice. El kiosco se llamó Pórtico porque tenía algo de puerta abierta a la libertad de la cultura.

Reformado el Paseo, Alcrudo se trasladó a la plaza de San Francisco, y creó filiales en la calle Costa —objeto de atentados en los años 70— y en Doctor Cerrada y, llegado el tiempo de la democracia, fundó una editorial que también llevó el nombre de Pórtico, como estela y recuerdo de su simbólico kiosco. Pero Alcrudo, en sí mismo, también lo fue: símbolo de un hombre que era la bondad personificada, que jamás guardó rencor en días de ira, que perdonó y convivió con todos. Un ejemplo para cualquier tiempo de sectarismos.